

Luis G. DEL CAÑUELO

DEL IDEÓLOGO DEL NEOFRANQUISMO, DE TRES DIRECTORES Y DE LA BATALLA FINAL

El 29 de octubre, Federico Jiménez Losantos volvía a reencontrarse, en las páginas *ABC*, con sus obsesiones eternas. Dedicó su columna a elogiar, como es en él costumbre, al jefe del Partido Popular en Cataluña, Alejo Vidal-Quadras, un aznarista *avant la lettre*, entusiasta y disciplinado, erigido desde hace un par o tres de años en el perseguidor más sistemático y, sin duda, más brillante del catalanismo que encarna Jordi Pujol. En el Parlamento autonómico catalán Vidal-Quadras llegó recientemente, y según la versión difundida por el rotativo citado, a comparar a Jordi Pujol con Ceaucescu. Esta actitud entusiasma a Jiménez Losantos, de modo que la compenetración entre ambos personajes es casi absoluta. Los dos ocupan buena parte de su tiempo en reflexionar, de palabra o por escrito, sobre cuán pernicioso puede ser para el conjunto de los españoles, y probablemente para la humanidad incluso, que todos los ciudadanos de Cataluña acaben dominando correctamente el catalán. Los dos asesoran a José María Aznar en tales asuntos y pasan por ser los verdaderos artífices del creciente radicalismo del PP respecto del nacionalismo catalán.

Jiménez Losantos, desde luego y en paralelo, comparte con la inmensa mayoría de sus ilustres compañeros del ex *sindicato del crimen* (desde agosto, legaliza-

do bajo el nombre de AEPI) una teoría que todos ellos propagan hasta la saciedad. El Gobierno del PSOE no sólo es la plasmación de todas las corrupciones, sino que se ha transformado en un régimen, el felipista, que se desliza inexorablemente hacia una férrea estructura caudillista y autoritaria, que en muchos puntos esenciales estaría, en la práctica, más próxima al franquismo que a una democracia europea. (Ignoran, o fingen desconocer, por otra parte, que también en las más venerables democracias del Viejo Continente se cobijan cloacas nauseabundas. Los escándalos económicos en los que, sin pormenorizar demasiado, están sumidos los políticos de la derecha fran-

cesa o británica certificarían de sobras esta tesis.)

Llevado, por tanto, de su doble obstinación anticatalanista y antisocialista, Federico Jiménez Losantos equiparada Convergència Democràtica con el Movimiento Nacional y, para colmo, hacía corresponsables de esta situación al PSC y a Iniciativa per Catalunya, pues el presidente de esta última formación, Rafael Ribó, como se sabe y se resaltaba en *EL SIGLO* de la pasada semana, es un disidente de la política que impulsa Julio Anguita en Izquierda Unida y que, mediante recorridos doctrinales distintos, tan grata resulta para la estrategia del PP y de sus acólitos mediáticos. "Ellos son los que

han convertido a un partido, Convergència, legítimamente nacionalista, en lo más parecido al Movimiento Nacional", proclamaba Jiménez Losantos, al cual un día antes el profesor de Antropología Manuel Delgado, en un acertado análisis, calificaba como "el actual ideólogo del neofranquismo".

¿Cuál ha de ser la más perentoria obligación de un demócrata, del color que sea, frente al totalitarismo que se nos

viene encima y frente a un aspirante a tirano, o tirano sin más, que se ha instalado en La Moncloa a expensas de una voluntad popular engañada, manipulada y aun comprada desde el poder y sus órganos propagandísticos? ¿Nadie recuerda la siniestra experiencia de un tal Adolf Hitler, encaramado al poder gracias a un inicial veredicto de las urnas? Si Pujol, Obiols y Ribó han generado una especie de Movimiento Nacional, ¿no es preciso levantarse contra semejante estado de cosas?

"En España —sentenció Antonio García Trevijano el 20 de octubre, otro activo dirigente del AEPI— no existe ni libertad política ni democracia (...). Esta Monarquía encubre una oligocracia política en la que es imposible controlar a los Gobiernos." García Trevijano predicó lo transcrito con motivo de la presentación de su libro *El discurso de la República*. Concelebraron con el autor tres directores de tres importantes periódicos de Madrid, Luis María Ansón, Pedro J. Ramírez y José Luis Gutiérrez, los tres cofrades asimismo de la susodicha AEPI.

Periodistas descolantes, mas allá de sus adscripciones ideológicas formales, pues Ansón, por ejemplo, es un monárquico empedernido, han hecho causa común contra el felipismo, justo cuando el triunfo se olfatea, parece palpase en el ambiente. En *El Mundo*, y con su ímpetu retórico habitual, Pedro J. Ramírez resumía la situación el 2 de octubre del siguiente modo: "La batalla final entre democracia y felipismo está cada vez más cerca." La frase parece una estrofa con voluntad de síntesis entre *La Marsellesa* y *La Internacional*. Pero su música no es otra que la resultante de una turbida mezcla del *Oriamendi* y el *Cara al sol*.



ANGEL SAYAGO

Aleix Vidal-Quadras.